

### III. DOCUMENTOS \*

#### WALT WHITMAN EN LA POESÍA CHILENA DEL SIGLO XX

*Andrés Morales*  
Universidad de Chile

La poesía de Walt Whitman ha sido asociada frecuentemente con la escrita en Hispanoamérica y, especialmente, con la poesía chilena. Su idea fundacional del mundo, sus esperanzas en el nuevo continente y las promesas que presagian sus tierras y sus pueblos han transformado la figura del poeta norteamericano en un punto de referencia obligado a la hora de establecer un concepto de sociedad basado en el espíritu del llamado “americanismo”. Por otra parte, los estudios literarios referidos a este problema han realizado con frecuencia una relación casi inevitable entre la obra del autor de *Hojas de Hierba* con la escrita por el chileno Pablo Neruda (con su intento de “refundación” de la realidad y de la historia del nuevo continente). El influjo es claro y marcado: las visiones de mundo se acercan y asemejan indesmentiblemente; la crítica ha dado buenas pruebas sobre esta extraordinaria ligazón. No ocurre lo mismo cuando hablamos de otras figuras en la poesía chilena de este siglo. Poco o nada se ha investigado —o se conoce— de la influencia del poeta norteamericano sobre otros autores nacionales. No es difícil imaginar que su obra fuera lo

\* Los textos aquí reproducidos corresponden a ensayos y ponencias elaboradas en torno a la influencia del poeta norteamericano Walt Whitman en la poesía hispanoamericana y que fueron leídos en el Simposio Literario Internacional “*Whitman en el Sur*”, organizado por el Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, el Estado de New Jersey y Rutgers University of New Jersey, en la Casa Central de la Universidad de Chile en Santiago, el 23 de marzo de 1999.

Algunos de estos escritos fueron elaborados con anterioridad al simposio o bien han sido desarrollados *in extenso* posteriormente como fruto de reflexiones surgidas luego del mencionado evento internacional.

suficientemente conocida por muchos de los poetas que iniciaron la gran tradición de nuestra poesía (me refiero, fuera de Neruda, a Gabriela Mistral, Pedro Prado, Vicente Huidobro o Pablo de Rokha), pero, insisto, poco o nada se ha dicho en torno a este asunto. Igualmente, ocurre un fenómeno similar con los poetas que continuaron las líneas abiertas por los autores antes señalados: particularmente la generación del 38 y con aquellos que han construido buena parte de nuestra literatura posterior y actual: la generación del 50, del 60, del 80 y hasta las nuevas promociones emergentes.

En estas breves páginas trataré de esbozar con alguna claridad la importancia de la obra whitmaniana en la poesía chilena. Se trata de un filón que ha de dar de sí muchísimo más. Otros habrán de completar el panorama que pretendo configurar.

La ligazón de Whitman con la Mistral, Huidobro y de Rokha es insoslayable. Los tres autores manifiestan su admiración por la obra del poeta norteamericano y, más que eso, registran una lectura y una influencia marcada en importantes sectores de sus obras poéticas. Al parecer, desde los primeros comienzos de todo poeta nacional, la lectura del autor de *Canto a mí mismo* es fundamental. Este fenómeno es claramente identificable hasta en los autores más jóvenes de hoy en día <sup>1</sup>.

En la poesía de Gabriela Mistral es posible rastrear una evidente cercanía entre la concepción de la naturaleza, las lecturas bíblicas, la mirada hacia lo telúrico y, por cierto, el concepto de americanismo que ambos comparten. Los extraordinarios himnos del acápite "América" de su libro *Tala* (1938) son un claro testimonio de la unión temática que aúna ambas obras. En el poema "Sol de Trópico", la voluntad de la hablante busca asimilarse o fundirse con el paisaje americano:

...  
 "Hazme las sangres y las leches,  
 y los tuétanos, y los llantos.  
 Mis sudores y mis heridas  
 sécame en lomos y en costados.  
 Y otra vez íntegra incorpórame  
 a los coros que te danzaron,  
 los coros mágicos, mecidos

<sup>1</sup> Es curioso señalar que, aunque la gran mayoría de los poetas que se inician en la escritura de la poesía conocen o han leído a Whitman, pocos son los que acusan una influencia marcada, aún en estos tiempos, donde la obra del maestro norteamericano podría asociarse a las corrientes ecologistas, tan cercanas a la juventud.

sobre Palenque y Tihuanaco.”

...<sup>2</sup>

Otro tanto acontece con *Poema de Chile* (publicado póstumamente en 1967) y que es un recorrido por la patria donde cada piedra, cada árbol, río o montaña dialogan intensamente con la poeta en su intento por abrazar whitmanianamente la tierra que la vio nacer.

El caso de Vicente Huidobro es uno de los más interesantes de toda nuestra poesía. Al poeta de *Altazor* se le conoce muy bien por su creacionismo y por su necesidad permanente de renovación, cambio y construcción de nuevas formas en poesía, pero se ignora casi por completo todo su período de formación (importantísimo para poder entender el por qué de muchos de sus aportes y de sus rechazos y polémicas). Es justamente en este momento de su producción (inaugurada con *Ecos del alma* en 1911) cuando el poeta se introduce con pasión en las corrientes literarias al uso en ese entonces: romanticismo (tardío), simbolismo (tardío) y modernismo (tardío). Títulos como *Canciones en la noche* (1913) o *Las pagodas ocultas* (1914) son más que evidentes en su rol de tributarios de estas escuelas y movimientos. Pero, al mismo tiempo que Huidobro lee y admira a Gustavo Adolfo Bécquer, Paul Verlaine o Rubén Darío, su obra se “empapa” con otras lecturas provenientes del mundo anglosajón. Ralph Waldo Emerson y el propio Walt Whitman son, sin duda, las voces que más lo atraerán. El primero, por sus ensayos en torno a la creación poética<sup>3</sup> y el segundo, por su capacidad de desplegar la naturaleza y el mundo como si se tratara de un nuevo creador (idea extremadamente grata a Huidobro) que otorga, a través del lenguaje, una nueva vida a las cosas (recuérdense los versos del “Arte Poética” huidobreana: “*Cuanto miren los ojos creado sea*”), como si se tratara de un “pequeño dios” que refunda la realidad contemplada de otra manera por los ojos del artista.

<sup>2</sup> Mistral, Gabriela. *Tala*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1975 (Sexta Edición), p. 71.

<sup>3</sup> Su conocimiento de Emerson comienza con la lectura, en francés, de la obra *Sept Essais* (Paul Lacomblet Editeur. Bruxelles, 1894), en donde destaca el escrito titulado “Le poète”, fuente indiscutible de muchas de sus ideas en torno al protagonismo que Huidobro asigna a la razón del poeta en la composición del texto lírico. Véase también *La poesía de Vicente Huidobro*, de Cedomil Goic (Ediciones Nueva Universidad. Santiago de Chile, 1974), donde existe un acápite dedicado a este tema, pp. 61-63.

El texto que acusa un importante influjo whitmaniano es el poema-libro *Adán*, publicado en Chile, en 1916<sup>4</sup>. En él, el poeta recrea el deslumbramiento ante la naturaleza del primer habitante de la tierra. Todo es visto como si se tratase de la inauguración del mundo: el mar, la noche, las montañas, los elementos que rodean al hombre, las circunstancias en que éste se enfrenta a las fuerzas telúricas, etc. Huidobro (el poeta) es ese Adán mítico que con su palabra va poblando el universo, reflejo del hombre y espacio único en concordancia con su característica de ser perteneciente a la creación. Precisamente este diálogo feliz con la naturaleza, esta capacidad de “ser *en* ella” lo vinculan con las páginas del “Canto a mí mismo”. Una clara muestra de lo afirmado es el siguiente fragmento del acápite “Adán frente al Mar”:

...  
 “¡Oh mar, en ti están todas las posibilidades!  
 Tus aguas están traspasadas de sonoridades  
 Y tu canto está tan adherido  
 Y mezclado a ti mismo,  
 Está contigo tan unificado  
 Que nadie adivinara  
 Si tu agua forma el canto  
 O si tu canto forma el agua”  
 ...<sup>5</sup>

Sin poseer el hálito épico que Whitman alcanza, *Adán*, de Huidobro, es una obra que interesa como testimonio de un autor vinculado con la tradición poética norteamericana y, más que eso, como texto que se conecta con una forma de aprehender el mundo y con una reafirmación del sujeto poético en tanto entidad creadora a través de la palabra.

En *Altazor*, obra clave del creacionismo, Huidobro realiza una curiosa vinculación con el espíritu “totalizador” (si cabe el término) que Whitman consigue en sus versos. En el “Prefacio” de este extraordinario texto, el poeta ironiza sobre la trascendencia del norteamericano como ser capaz de poseer bajo su mirada al universo completo:

...  
 “Aquel que todo lo ha visto, que conoce todos los  
 secretos sin ser Walt Whitman, pues jamás ha tenido

<sup>4</sup> Huidobro, Vicente. *Adán*. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1916.

<sup>5</sup> Huidobro, Vicente. *Adán*. En *Obras Completas*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1976, pp. 208-209.

una barba blanca como las bellas enfermeras y los  
arroyos helados”<sup>6</sup>

...

Al parecer, el poeta chileno quiere “saldar su deuda” con el gran norteamericano al señalar el fin de una época y el comienzo de otra. La utilización del humor para indicar esta capacidad de aprehenderlo todo –algo quizás un tanto “tópico” en la obra de Whitman– contrasta con la del personaje de *Altazor*, un protagonista que cae infinitamente, desde el cielo a la tierra, en medio de una sociedad que ha perdido su vocación rural y que se ha transformado en urbana a fuerza de ciudades casi inhabitables y sueños rotos que no hablan precisamente de una relación armónica con la naturaleza.

Otra de las voces fundadoras y, al mismo tiempo, de las más importantes en la poesía chilena de este siglo, es la de Pablo de Rokha. Su obra aún no alcanza el reconocimiento que debiera. A pesar de los esfuerzos de un grupo de críticos nacionales, aunque brillante, reducido<sup>7</sup>, aún no ha recibido la indispensable validación internacional. De igual manera, gran parte de su poesía debe considerarse como uno de los intentos más coherentes por constituir una *obra* (en el sentido juanramoniano) y, más que eso, como un asedio poético a la realidad que no escapa ni sublima, por el contrario, que construye y mitifica, que retrata y critica.

La relación entre la poesía de Whitman y de Rokha es también fundamental. Si Huidobro abandonará la perspectiva de *Adán* para avanzar hacia los laberintos del creacionismo y la imagen creada, de Rokha conservará hasta el final la marca producida por la obra del norteamericano. Desde *Los gemidos* (1922) hasta *Acero de Invierno* (1961), la impronta whitmaniana se dejará ver de una u otra forma. Tal como señala Fernando Lamberg “...la profunda voz de América, el vigor, la energía, se encuentran en Whitman, y su lectura ha sido una de las más profundas experiencias intelectuales de Pablo de Rokha...”<sup>8</sup>. La visión de Estados Unidos en una de las partes más polémicas de *Los Gemidos*, “Yanquilandia” (donde una de las figuras rescatadas es precisamente la de Whitman) o esa voluntad permanente por intentar una unión extraordinaria

<sup>6</sup> Huidobro, Vicente. *Altazor*. En *Antología poética de Vicente Huidobro*. (Selección y prólogo de Andrés Morales) Editorial Corregidor. Buenos Aires, 1993, p. 103.

<sup>7</sup> Destaco sobre todo el trabajo de Naim Nómez con obras notables como *Pablo de Rokha: Una escritura en movimiento* (Ediciones Documentas. Santiago de Chile, 1988) y la precursora *Vida y obra de Pablo de Rokha* de Fernando Lamberg (Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1966).

<sup>8</sup> Lamberg, Fernando. *Op. cit.*, p.39.

entre lo épico y lo lírico –reflejado en obras tan singulares como la famosa *Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile*– permiten aseverar con propiedad que se trata no sólo de una lectura influyente, sino de una concepción de mundo, de una búsqueda que traspasa los límites de la admiración poética hacia la contingencia y la misión del artista como testigo de su tiempo<sup>9</sup>. La imagen del “poeta-profeta”, tan acariciada por León Felipe, por ejemplo<sup>10</sup>, se verá claramente trasladada al punto desde donde el hablante rokheano entona su discurso. El sujeto poético es capaz de abarcarlo todo, pero, más que eso, puede “ver” todo. El poeta vidente, el poeta que ve “más allá”, recoge la inquietud, la alegría y el dolor de su pueblo y no sólo lo consuela o lo celebra, sino que lo insta a construir su futuro, a reflexionar en su historia y en su presente, a lograr llevar el timón de su destino.

Una de las obras más estremecedoras de Pablo de Rokha, *Canto del macho anciano* (1961), donde realiza un balance de su vida y prefigura su propia muerte, puede vincularse, de una forma extraordinaria al “Canto a mí mismo”. Si bien el texto rokheano no se instala desde la misma perspectiva del hablante presente en Whitman, este poema retoma la intención de abarcar la existencia y mirar desde la altura de la experiencia el mundo por el cual se ha transitado y se transita. Un buen ejemplo lo constituyen estos dos fragmentos. El primero, del inicio del poema y el segundo, del final:

...

“Fallan las glándulas  
y el varón genital intimidado por el yo rabioso se recoge a la  
medida abatimiento o atardeciendo  
araña la perdida felicidad en los escombros;  
el amor nos agarró y nos estrujó como a limones desesperados;

<sup>9</sup> Nómez en su ya citado *Pablo de Rokha. Una escritura en movimiento*, señala “(...) El mundo poético creado por el poeta vidente es una imagen en movimiento de la propia vida. De este modo, Dios y Satanás, el Bien y el Mal, son fuerzas antípodas de un mismo símbolo que se identifica con el dolor del ser humano y su caída, inicio del conocimiento. Este primer paso de la caída, hermana al hombre y a Satanás, porque sugiere un mismo destino de rebelión. De aquí surge la línea de interpretación que unifica la tradición whitmaniana con un germen de protesta social en de Rokha. El Yo Vidente y profético es aquel capaz de ver esta verdad indeleble (...)”. *Op. cit.*, p. 72.

<sup>10</sup> Creo interesante sugerir la necesidad de estudiar las vinculaciones, en lo que a imagen de mundo y a postura del poeta se refiere, entre las obras de León Felipe y Pablo de Rokha. Un punto a no olvidar es la traducción del poeta español del “Canto a mí mismo”, de Whitman, de quien, como de Rokha, se declaraba admirador.

yo ando lamiendo su ternura  
pero ella se diluye en la eternidad

...

Indiscutiblemente soy pueblo ardiendo,  
entraña de roto y de huaso, y la masa humana me duele, me arde, me ruge  
en la médula envejecida como montura de inquilino del Mataquito,  
por eso comprendo al proletariado no como pingajo de oportunidades bár-  
baras,  
sino como hijo y padre de esa gran fuerza concreta de todos los pueblos,  
que empuja la historia con sudor heroico y terrible  
sacando del arcano universal la felicidad del hombre, sacando del andrajo  
/ espigas y panales”.

... <sup>11</sup>

El *canto* de de Rokha va convirtiéndose, a medida que avanza el poema, en un *contracanto* que adquiere un doloroso tono de desengaño, nostalgia y rabia. La subversión frente a la proposición whitmaniana es evidente. Quizás, el poeta chileno no se plantea esta “modificación tonal” a la cual me refiero, pero es indiscutible que el paralelismo con el texto de Whitman se hace presente en la longitud del verso, el tema tratado y la mirada sobre el mundo, su historia e, incluso, la propia biografía.

Es interesante comprobar que después de estas “voces fundadoras” (Mistral, Huidobro, Neruda y de Rokha), la impronta del poeta norteamericano pareciera desdibujarse. Aunque buena parte de los poetas de las generaciones siguientes leen, sin duda, la obra de éste, no hay un registro claro sobre su influjo en los libros publicados. Tal vez, uno de los pocos que reconoce abiertamente una influencia –dentro de la extraordinaria generación del ‘38 (o del ‘42)– es Nicanor Parra. En diversas declaraciones<sup>12</sup>, el antipoeta ha señalado que luego de su primer libro de poemas, *Cancionero sin nombre* (1937) y como antesala a la verdadera revolución que significó la publicación de sus *Poemas y Antipoemas* (1954), existe una “etapa whitmaniana”, donde el chileno habría estado sumido en una fervorosa lectura del autor de *Hojas de Hierba*. Período difícil de superar por el peso del influjo y que sólo se franquearía, según Parra,

<sup>11</sup> de Rokha, Pablo. *Canto del Macho Anciano*. En *Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile y Canto del Macho Anciano*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1998, p. 58 y p. 82.

<sup>12</sup> Esta aseveración está basada en el testimonio oral entregado por el propio Parra al joven poeta Francisco Véjar y que confirma su “etapa whitmaniana”.

con la lectura de la narrativa de Kafka. Los textos que recogen este momento particular (nunca reeditados posteriormente) se encuentran en la revista "Extremo Sur", número 1, de diciembre de 1954.

La revisión de otros poetas de esta generación: Gonzalo Rojas, Eduardo Anguita, Jorge Cáceres, Oscar Castro, Braulio Arenas o aquellos integrantes de "La Mandrágora", curioso grupo surrealista chileno, no entrega mayores proyecciones de la obra del norteamericano<sup>13</sup>.

De forma similar, la generación del '50, integrada por poetas de la talla de Enrique Lihn, Jorge Teillier, Armando Uribe Arce o Miguel Arteche, pareciera eludir la voz de Whitman al interior de sus poéticas. Las razones son varias y muy atendibles. La gran presencia de la poesía de Neruda (de por sí whitmaniana en muchas de sus concepciones), la necesidad de entablar una escritura que se aleja de la naturaleza para dar cuenta del hombre urbano (con la sola excepción de Teillier, aunque éste en su última obra se sitúe precisamente en la ciudad con la lárca nostalgia del hombre que añora la aldea, el campo y la voz de los elementos) y, también, la irrupción de un discurso social y político que va apropiándose de la poesía, marcan una considerable distancia con la obra de Whitman. El caso de la generación del '60 es muy similar. La lucha ideológica, las ineludibles preocupaciones sobre la realidad imperante en Hispanoamérica o una reedición de la vanguardia con la consiguiente inflexión hacia el lenguaje y los formatos textuales, hacen que las temáticas se distancien, una vez más, de la perspectiva del gran poeta estadounidense.

Donde sí reaparece la figura de Whitman es en la llamada generación del '80. Aunque aquí también es posible comprobar la intensidad del discurso de corte político o social (por las evidentes circunstancias resultantes del golpe militar en 1973), así como una heterodoxia formal y hasta temática, bastante especial, entre los distintos exponentes de este grupo, la voz del poeta del Norte logra integrarse en el discurso de una de las figuras más interesantes de esta promoción.

Con claras influencias de la Biblia, Dante Alighieri, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y otras voces de la tradición europea e hispanoamericana, la poesía

<sup>13</sup> En el caso de Eduardo Anguita, la obra de Whitman deja una impronta interesante en lo que a concepción estética y pensamiento poético se refiere. Existen multitud de ejemplos en sus artículos publicados en prensa y en algunos fragmentos de su libro *La belleza de pensar*. Cfr. Anguita, Eduardo. *La belleza de pensar*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1988 y Anguita, Eduardo. *Anguitología. Selección de poesía y prosa*. (Prólogo, Selección y Notas de Andrés Morales). Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1999.

de Raúl Zurita aparece como heredera de la intención de Whitman por fundar, a través de la palabra, el mundo que ama e interpreta. Sus dos primeras obras *Purgatorio* (1979) y *Anteparaíso* (1982) son tributarias de esa necesidad del poeta por integrarse al paisaje, hablar de él y hasta *por* él. Las condiciones políticas de esos durísimos años de dictadura otorgan a la palabra de Zurita una fuerza profética donde el hablante se vincula con Whitman en la capacidad por articular un discurso que representa la voz de aquellos que, sin importar su origen o extracción, quedan retratados en el texto poético que apela desde las particularidades de un yo hacia el dolor colectivo de un nosotros.

Las obras posteriores de Zurita pueden ser, igualmente, conectadas con la visión whitmaniana; tanto *El amor de Chile* (1987) como *La vida nueva* (1993) comparten una raigambre telúrica donde la naturaleza y los pueblos aborígenes vuelven a ser protagonistas indiscutibles del canto del poeta. El poema "Las nuevas tribus" de *La vida nueva* es un ejemplo paradigmático:

...  
 "Por eso brillan las ciudades flotando y mis ojos  
 ven las enormes constelaciones abrirse porque  
 así se transfiguran los torrentes reuniendo  
 sus aguas. Tú asciendes por las aguas y es la  
 marcha de los antiguos glaciares en que fuimos  
 hallados, las largas emigraciones, el caudal de  
 tus padres y de mis padres juntándose otra vez  
 en nosotros.

...  
 Bien tu estás allí y es como decir que el pueblo  
 que vive en ti ha estado, que la tribu que habla  
 en ti ha estado y que mi amor es una tribu y un  
*pueblo.*"

...<sup>14</sup>

De la reciente promoción de los '90 aún no es posible dar un testimonio que pueda ser considerado como cierto. Fácil sería aventurar juicios que despacharan rápidamente el influjo o la no influencia de la voz de Whitman. Lo que no puede desconocerse es la inconmensurable atracción que ejerce la obra

<sup>14</sup> De *La vida nueva*. Incluido en la antología de Teresa Calderón, Lila Calderón y Tomás Harris, *Veinticinco años de poesía chilena* (1970 - 1995). Editorial Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile - México, 1996, p. 453.

de este autor. La experiencia de lectura de la gran mayoría de los jóvenes poetas siempre apunta a “Canto a mí mismo” o a los poemas de “Calamus”<sup>15</sup>.

Independientemente de las particularidades de cada uno de los exponentes de la extraordinaria poesía escrita en esta parte del mundo durante el siglo XX, la voz de Whitman ha sido y es una de las claves para entender el desarrollo de esta tradición. Negar la fuerza, el sentido o la libertad que provoca su verso es negar la historia de una buena parte de las búsquedas y hallazgos de la poesía en Chile.

<sup>15</sup> En este punto creo que deberá ser materia de futuros estudios la probable presencia de Whitman en voces tan actuales y últimas como las de Germán Carrasco, Javier Bello y Alejandra del Río, todos ellos integrantes de la llamada “Generación de los Noventa”.